CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

LA GRANDEZA DE ALCORCON.

Mozo

PRECIO: 4 RS.

S. H. G.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de Pelayo, núm. 26.

12

LA GRANDEZA DE ALCORCON,

PIEZA CÓMICA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EMILIO MOZO ROSALES.

Representada por primera vez en el Teatro del Príncipe la noche del 24 de Abril de 1860.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.
Pelayo, 26.

1860.

PERSONAGES.	ACTORES.
FACUNDO.	DON MARIANO FERNANDEZ.
PEPITO.	» MANUEL VILLENA.
ROQUE.	» JOSÉ AZNAR.
SEBASTIANA, *mujer de Roque.*	DOÑA ADELAIDA ZAPATERO.
BLASITA, *hija*.	» JOSEFA HIJOSA.
CIRIACA.	» JOAQUINA AYTA.

La escena pasa en Madrid.

ACTO UNICO.

Decoracion de sala.—Puerta al fondo y dos laterales.—A la izquierda un balcon.—A la derecha un armario con platos y botellas.—Al lado del armario una péndola.—En el fondo una mesa, y delante de ésta un sillon.—Encima de un sofá hay un lío de ropa y unas alforjas.—Al levantarse el telon, Blasita con traje de percal, pañuelo de seda al cuello y peinada al uso de las aldeas inmediatas á la Córte, mira por el balcon.

ESCENA PRIMERA.

BLASA.—*Despues* PEPITO.

BLASA. Reventada estoy aquí:
espera y espera y nada,
ó se marchó de la Córte
ó no recibió mi carta.
Arrea! ya son las once! (Mira el relój.)
pues, lo dicho, estoy quemada.

(Se sienta: llaman en el foro: abre, y entra Don Pepito con un traje elegante pero súcio y usado.)

Ah! llaman.

PEPITO. Blasa, por fin!...

BLASA. Pero hombre! Vaya una calma!
No sabe usted que llegué
de Alcorcon esta mañana
á las seis...

PEPITO. Sé que te miro
y te encuentro... (una tarasca.)

BLASA. Ya ve usted, señor Pepito,

que soy mujer de palabra.
Este verano nos vimos
paseando una mañana
por las eras de Alcorcon...

PEPITO. ¡Dulce recuerdo del alma!

BLASA. Usted me dijo aquel dia
sin rodeos...

PEPITO. Que te amaba.

BLASA. Yo me miré... y á la postre
ví que me hacia usted gracia;
y como no soy de aquellas
que solo gustan de charla,
dije: si él quiere yo quiero;
mi padre no sabe nada
ni mi madre, pero tanto
me empeñé en que me sacaran
del pueblo, que hemos venido
á pasar una semana
á Madrid.

PEPITO. Oh dicha!

BLASA. Ahora
si no es usted de la casta
de esos que solo pretenden
engañar á las muchachas,
se *topa* usted con mi padre
y le dice en dos palabras
que quiere tomar estado;
mi padre se vé... lo habla,
y seculan seculís
se arregla todo y nos casan...

PEPITO. Pero...

BLASA. Qué es eso, Pepito?
peros tenemos?

PEPITO. Yo...

BLASA. Nada,
pues valgo tanto como otras

y quiero las cosas claras,
porque en mi pueblo, así... así,
tengo yo los novios. Vaya!
como que soy la más rica.

PEPITO. Ya lo creo, (y la más vasta...)
Dudar yo, cuando contemplo
que eres la flor de las Blasas!
Dudar! cuando de tus ojos
brota á raudales la llama
que abrasa mi corazon!

BLASA. No me venga usted con farsas.

PEPITO. Oh! tú, la mansa gacela!
Oh tú! la flor ignorada
que naciste en Alcorcon
y creciste entre retamas!
Oh tú, que el rojizo barro
de las cazuelas más vastas
hollastes sin advertirlo
con tu diminuta planta,
recibe mi corazon
en prueba de tu constancia!
Y díme, qué tal ha sido
la cosecha de cebada?
y los garbanzos, qué tal?

BLASA. Hijo, de garbanzos... nada,
pero de patatas mucho!

PEPITO. Pues bendigo las patatas,
si aunque grosero alimento,
pueden acallar tus ánsias.

BLASA. Con que verá usted á mi padre?

PEPITO. Dentro de un rato.

BLASA. Palabra. (Le dá la mano.)

PEPITO. Palabra. (Hablan hajo: Ciriaca sale por la derecha.)

ESCENA II.

Dichos.—CIRIACA.

CIRIACA. Calle! Trapillo
tenemos!... ya se vé, es guapa
y rica. Y es don Pepito (Se acerca.)
el novio. Sí! Cómo charlan!
está visto que los pollos
tienen la nariz muy larga.)
BLASA. Cuidado que no me engañes.
PEPITO. Un poeta nunca engaña
ni á su estómago vacio,
ni á su mesa, ni á su dama.
BLASA. Adios, amado Pepito.
PEPITO. Adios, primorosa Blasa.

ESCENA III.

BLASITA.—CIRIACA.

CIRIACA. Qué requiebros!
BLASA. (Volviéndose.) (La patrona!)
CIRIACA. Señorita...
BLASA. Me escuchaba!
qué gentuza!)
CIRIACA. Almorzarán
ustedes pronto?
BLASA. Qué gracia!
almorzar y es medio dia!
CIRIACA. Y qué importa eso?
BLASA. Anda!
Dando las doce el puchero.
CIRIACA. Puchero!
BLASA. Y con abundancia.

CIRIACA. Tan pronto!

BLASA. Ponga usted migas
con pimenton, y con magras
de principio y huevos duros...

CIRIACA. De qué modo?

BLASA. En ensalada,
y pronto.

CIRIACA. Pero señora...

BLASA. Vamos, para eso se paga. (Entra por la izquierda.)

ESCENA IV.

CIRIACA.—*Despues* FACUNDO.

CIRIACA. Estas señoritas... vamos!
con decir de pueblo, basta.
Qué mandonas! qué furruñas!
Jesús! para lo que pagan!

(Facundo entra por el fondo con aire de maton: está mal vestido, trae el sombrero de medio lado y un junquillo en la mano.)

FACUNDO. Tia mia, *Salomé*,
como dice el marroquí.

CIRIACA. Sobrino! Tú por aquí!

FACUNDO. Cómo lo ha pasado usté?

CIRIACA. Hijo, no quiero engañarte,
no me falta pesadumbre.
Qué haces tú?

FACUNDO. Lo de costumbre;
pasearme.

CIRIACA. Pasearte!
Tu calma me maravilla!
Pasear siempre! Estás loco!
ayunarás.

FACUNDO. Bah! tampoco
me comerá la polilla.

CIRIACA. Siempre holgazan; qué desgracia!

FACUNDO. Ay tia! cómo ha de ser!

CIRIACA. Cuando pudiste aprender
la carrera de Farmacia;
cuando Don Juan el notario
te ofreció hacerte escribiente,
y cuando yo...

FACUNDO. (Abre el armario.) Sorprendente.

CIRIACA. (Asustada.)
Qué buscas en ese armario?

FACUNDO. Un poco de salchichon

(Saca del armario varios manjares, pan, una botella, un tenedor y un cuchillo: coloca esto sobre la mesa y empieza á comer con rapidez; pero á medida que se sirve de un plato, Ciriaca lo toma y lo encierra en el armario: todo segun lo marca el diálogo.)

y cuatro cortezas duras
que acallen las amarguras
que aflijen mi corazon:
pues si soy un holgazan
mi estómago no lo es,
y me dice el descortés:
dáme salchichon y pan.

CIRIACA. Que es un pastel!

FACUNDO. Es verdad,
y está bueno: á ver el vino.

CIRIACA. Que es Málaga!

FACUNDO. Desatino!
qué mal sabe!

CIRIACA. Por piedad,
Facundo, no me destroces
esa perdiz!

FACUNDO. Bah! están flacas,
tia.

CIRIACA. Pues tú bien te atracas!
las tortas!...

FACUNDO. Están atroces,
sin azúcar.

CIRIACA. Pues así

y todo, son para gente
muy formal y muy decente,
estás! y no para tí.

FACUNDO. Para huéspedes! familia
de mártires que se dejan
desollar y no se quejan:
he de escribir una homilia...

CIRIACA. Quieres callarte!

FACUNDO. Y por qué?

CIRIACA. Hablar de ese modo aquí!

FACUNDO. Un huésped es para mí
todo un San Bartolomé.

CIRIACA. Jesús! no tienes más peso
que una vedija de estambre!
Dime, quién te mata el hambre?

FACUNDO. Los huéspedes, lo confieso.

CIRIACA. Solo con mirar tu porte
y con saber tu mal pago,
se advierte que eres un vago,
vulgo paseante en corte.

FACUNDO. Gracias por la nota histórica
con que ilustra mi persona
una vetusta patrona
que nunca aprendió retórica:
pero Facundo Revés,
aunque holgazan y culpable,
es un hombre indispensable
de la cabeza á los piés.
Yo divierto en la tertulia
de la ráncia doña Eustoquia
y al café llevo parroquia,
y consuelo á doña Obdulia.
En la timba y al billar
tengo ocultos mis tesoros:
soy conocedor de toros,
tiro el sable, sé montar,

y si cojo la guitarra
no hay mujer que no se asombre
de mis dotes.

CIRIACA. Por Dios, hombre!
cantas como una chicharra.

FACUNDO. Si hay motin, soy el primero
que coge el fusil.

CIRIACA. (Bribon!)

FACUNDO. Y si reparten turron,
allí estoy yo.

CIRIACA. (Trapacero!)

FACUNDO. Si por una niña exígua
se zurran dos trovadores,
al ver sus mútuos furores,
Facundo los apacigua;
si un vate con pretensiones
me nombra su alabardero,
Facundo es el juez severo
que salva sus producciones.
Y en fin, no hay boda, bautizo,
entierro ni procesion,
baile, tertulia ó funcion
donde no esté: me deslizo
por todas partes, me escurro
de una manera que asombra,
y vago como una sombra,
y prospero y no me aburro.
Total: que evito desmanes
y siempre soy necesario,
y alabardero diario
y la flor de Capellanes;
y quién no fué jamás
ni papanatas ni aleve,
oh, tia Ciriaca! debe
comerse este bollo más.

CIRIACA. Si es tanta tu habilidad,

por qué no buscas esposa?

FACUNDO. Ay tia mia! esa cosa
se halla por casualidad.

CIRIACA. No eres tan listo!...

FACUNDO. Eso sí,
y elegante y con un pico
de oro, y soy...

CIRIACA. (Muy borrico.)

FACUNDO. Ocúpese usted de mí;
cederé mi corazon
á un vestiglo, que á mi ver
una vieja, aun es mujer
si tiene medio millon.

CIRIACA. Gollerías!

FACUNDO. Si el vestiglo
en dejarme en paz se empeña,
busque usté una lugareña;
todo es bueno en este siglo.

CIRIACA. Lugareña?

FACUNDO. Una beldad
cerril y sin pretensiones
pero que tenga terrones
de primera calidad.

CIRIACA. Pues en casa hay un palmito
de Alcorcon, pero te advierto,
que aunque vivió en un desierto.
supo hallarla don Pepito.

FACUNDO. El poetilla? El que escribe
siempre en silva?

CIRIACA. Un entremes
que se mete en todo.

FACUNDO. Pues...
no es temible.

CIRIACA. Lo recibe.

FACUNDO. (Frota el pulgar sobre el índice.)
Lo importante...

CIRIACA. Vaya! es rica
segun creo.
FACUNDO. Ecolo quá.
CIRIACA. Qué dices?
FACUNDO. Me servirá:
bendigo el cielo y la chica!
CIRIACA. Qué piensas hacer?
FACUNDO. Urdir
esta boda.
CIRIACA. Considera...
FACUNDO. La muerte, ó la Alcorconera:
vuelvo, me voy á vestir. (Sale por el foro.)

ESCENA V.

CIRIACA.

Que vás á hacer? Ya meditas
alguna calaverada.
Qué cabeza? qué cabeza!
El siempre se ha de dar maña
para espantar á los huéspedes
y hacerles mudar de casa.
ROQUE. (Dentro.) No quiero! Déjame en paz.
CIRIACA. Ya empezó la zaragata.
Qué lugareños!
ROQUE. (Idem.) No quiero!
CIRIACA. Qué le harán esas tarascas?
pero ay! olvido el almuerzo. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

ROQUE.—BLASA.—SEBASTIANA.

(Blasa y Sebastiana salen poniendo un frac antiguo á Roque, que se esfuerza en impedirlo. Sebastiana está vestida como su hija, pero se ha puesto un gran chal amarillo sobre el vestido de percal.)

ROQUE. Vaya! estoy hecho una facha.
SEBASTIANA. Pues si el *fras* te cae bien.
BLASA. El sombrero de copalta. (Se lo pone.)
ROQUE. Yo no quiero este morrion!
pues si tiene media vara.
SEBASTIANA. Mira que bien estoy yo
con este chal.
ROQUE. Sebastiana,
mira qué con estas modas
parecemos mogigangas.
Blasa; dáme el chaqueton.
BLASA. No quiero.
ROQUE. Basta de chanzas.
SEBASTIAN. Qué estas muy guapo.
BLASA. Já! já! (Dejándose caer en un sillon.)
ROQUE. Bueno, rompe esa *burtaca*
como lo llaman. Mujer, (A Sebastiana.)
que no escupas en la sala.
SEBASTIAN. Pues qué, no se paga aquí?
ROQUE. Y tanto como se paga!
treinta reales por dar
de comer á tres chicharras,
cuando en Alcorcon, por doce,
se come, se viste y calza.
Y este gasto por quién es?
porque quiso la muchacha
pasear por los Madriles
su garbo y su linda cara.

El tio Roque metido
en este traje de máscara!
Qué dirian si me vieran
en Alcorcon? Sebastiana,
volvámonos al lugar.

BLASA. Irnos! pues eso faltaba!
No tiene usted cinco yuntas
y no ha cogido cebada
para todo el pueblo?

ROQUE. Sí,
pero...

SEBASTIANA. Dice bien la Blasa.

BLASA. Pues si semos la grandeza
de Alcorcon, por qué se espanta?
Madril pone en prispitiva.

ROQUE. Pues á mí me pone en áscuas.

SEBASTIANA. Qué lustre nos dá el dinero
si está enterrado en la cuadra?
No quiero llamarme tia,
sino Doña Sebastiana;
claro.

BLASA. Y yo Doña Blasita.

ROQUE. Y yo Don Borrico.

SEBASTIANA. Vaya!
y seremos señoritas.

ROQUE. De estropajo y manos ásperas.

BLASA. Yo quiero un vestido verde.

ROQUE. Sí, verde; eso te hace falta.

BLASA. Y llevaremos sombreros.

SEBASTIANA. De señor!

ROQUE. No, de copalta,
y os montais luego en un burro
y os apedrean y os matan.

BLASA. Pues cuando hay maravedís
se hace buen papel.

ROQUE. De estraza.

BLASA. No he nacido para ser
maestra ni sacristana;
soy rica y quiero un marido
que tenga perponderancia,
y me lleve á Capellanes
y á la Camelia.
ROQUE. Sí, bailas
como un tarugo!
SEBASTIANA. Pues yo,
aunque no tengo tu gracia,
quiero ir...
ROQUE. A Leganés,
por el juicio que te falta.
SEBASTIANA. Pues tu hija será Condesa.
ROQUE. Condesa de Mata-ratas.
BLASA. Pues si señor, en *Madril*
se suelen encontrar gangas,
en tanto que si vivimos
entre terrones y zarzas...
SEBASTIANA. No seremos nadie.
BLASA. Nadie.
ROQUE. Pues aquí sereis la farsa
y la diversion de todos,
créeme, mujer.
SEBASTIANA. Ca; te engañas,
porque al que llegue á reirse
le pego una bofetada
para que aprenda política.
Pues buena es la Sebastiana!
ROQUE. Y tú qué hallarás aquí? (A Blasa.)
cuatro cúrsis, cuatro maulas
que te quieran por el conque
de que es buena mi labranza.
SEBASTIANA. Roque! que pierdes el freno!
ROQUE. Y tú te hallarás la albarda.

ESCENA VII.

Dichos.—FACUNDO, *que entra con un sombrero de jipi-japa y un leviton de verano: trae en una mano un libro, y en la otra un anteojo de lárga vista.*

FACUNDO. Servidor de usted... señoras...
saludo á la sociedad.
Es esta casa de huéspedes?
ROQUE. Si señor.
FACUNDO. Bien.
BLASA. (Quién será?)
(A Sebastiana.)
FACUNDO. Qué frios son estos climas!
ROQUE. Eh!
FACUNDO. Presumo que vá á helar.
SEBASTIANA. Pues hombre si hace *bichorno*!
FACUNDO. (Vaya un término bestial!)
BLASA. Será usté andaluz de Cuenca?
SEBASTIANA. De Soria?
FACUNDO. (Qué atrocidad
científica!) No señora,
yo vengo de más allá.
ROQUE. Sí, sí.
FACUNDO. De la Zona tórrida!
SEBASTIANA. Ya, de Toro.
FACUNDO. No, en verdad.
BLASA. Ah! vamos, de Torrejon,
por la puerta de Alcalá.
FACUNDO. Yo vengo del Nuevo Mundo.
SEBASTIANA. Del tio vivo!
ROQUE. (A Sebastiana.) (Animal!
de América.)
SEBASTIANA. Pues de allí
es aquel *erangutan*

que enseñaban en el pueblo
este Abril, por un real.

FACUNDO. (Pues con enseñarte á tí
puede que ganaran más.)

BLASA. Del mismo América! y es
(Observando á Facundo con curiosidad.)
todo un hombre racional.

FACUNDO. (Ya me miran como al mono.)

BLASA. Cuánto tarda usted en llegar
á su pueblo?

FACUNDO. Un año.

SEBASTIANA. Un año!!!

ROQUE. Y á veces se tarda más.

FACUNDO. Y si el buque se vá á pique
se llega á la eternidad
en un santiamen.

SEBASTIANA. Jesús!

FACUNDO. El cariño fraternal
que profeso á un primo mio,
calavera si los hay,
me obligó á dejar las tierras
que baña el sol tropical,
pero he sufrido en mi viaje
por causa del huracan,
los azares de un naufragio
que horrorizó al mismo mar:
qué sed! qué frio! qué hambre!
qué hambre! (y esto es verdad)
en un islote poblado
cerca de Madagascar
por poco me frien.

SEBASTIANA. Huy!

FACUNDO. Por poco me cuecen.

BLASA. Ay!

FACUNDO. Pero por fin respetaron
esta pobre humanidad

con la cual tengo el honor
de hallarme en la capital.
Y ustedes, son extranjeros?

SEBASTIANA. (Mirando á Blasa.)
Qué!

BLASA. (Mirando á Sebastiana.)
Qué!

ROQUE. (Mirando á Facundo.)
Eh!

FACUNDO. De por acá,
indígenas.

SEBASTIANA. Endigestas!

FACUNDO. Que si son de Fuencarral,
ó de Pinto ó de Alcobendas?

BLASA. Hable usted con claridad;
semos de Alcorcon.

FACUNDO. (Hojeando el libro que tiene en la mano.)
Ah! bien;
debe ser una ciudad
fundada por los romanos.

BLASA. No señor, si es un lugar
pequeñito.

ROQUE. Y saludable.

FACUNDO. Alcorcon, sí, sí, aquí está;
hay casas, puertas, ventanas,
callejuelas y demás,
y se construyen pucheros
de primera calidad.

BLASA. Lo dice el libro!

SEBASTIANA. Lo dice!

ROQUE. Es pueblo muy industrial.

FACUNDO. Ya lo sabe la Inglaterra;
hay rio?

ROQUE. No.

BLASA. No le hay.

FACUNDO. Me contraria en extremo,

pues deseo ir á pescar
truchas. Y dígame usted
no habria facilidad
de comprar allí terrenos?

ROQUE. Para qué?

FACUNDO. Para plantar
cafetales.

SEBASTIANA. No hay ninguno.

FACUNDO. Ni la caña dulce?

ROQUE. Quiá!
allí patatas, garbanzos,
habas, trigo candeal,
y cebada cuanta usted
apetezca.

FACUNDO. (Qué patán!)
Para ustedes la deseo.

BLASA. Pero allí no hay un frutal;
misté, ni siquiá bellotas.

FACUNDO. Hombre qué calamidad!
cuando á ustedes les vendrian
tan bien.

ROQUE. (Si se burlará
de nosotros? Observemos.)

FACUNDO. Pues yo quisiera emplear
medio millon en haciendas
cerca de la capital,
pero necesito un hombre,
buen agricultor, capaz,
probo, desinteresado,
fiel, que me sepa guiar,
pues solo entiendo de negros
y aquí, amigo, no los hay.
No quiero exponer mi vida
á los caprichos del mar;
y luego en el Nuevo Mundo
no se disfruta la paz,

todo se vuelven repúblicas
y motines y desmán.

SEBASTIANA. Las cosas...

FACUNDO. Quiero vivir
retirado en un lugar;
tendré un mayordomo listo,
un lacayo, un capellan,
y si encuentro una aldeana,
que sin ser una beldad,
me agrade... (Mira con atencion á Blasa.)

BLASA. Se casa usted
con ella?

FACUNDO. Pues claro está;
y será feliz y rica.

BLASA. (A Sebastiana.) (Madre!)

SEBASTIANA. (A Blasa.)
(Abre el ojo!)

ROQUE. (Mirando con desconfianza á Facundo.) (Serás
lo que relatas?

FACUNDO. (Facundo,
este enredo no vá mal.)

SEBASTIANA. Pues mire usted, caballero,
mi marido es un buen Juan;
pero sabe escribir, leer,
cuidar las tierras y arar
con pirfeccion: es sobrino
del cura de Fuencarral,
y si usted tiene confianza,
lo que es él, es muy capaz...
y vamos, para el asunto...

ROQUE. No me comprometas ya,
Sebastiana.

BLASA. Si usted quiere
venirse luego al lugar,
yo trataré de servirle...

FACUNDO. Gracias, paloma torcaz.

SEBASTIANA. Si señor, vaya usté á casa,
que aunque pobres, sobra el pan.

ROQUE. Pero mujer, el señor...

FACUNDO. Me humilla tanta bondad;
gente sencilla, inocente,
digna del tiempo de Abrahan,
en vuestros rostros se lee
la mansedumbre y la paz;
iré al pueblo sin demora,
le veré. (A Blasa.) (Tengo que hablar
con usted.)

BLASA. Ah!

FACUNDO. Oh!

ROQUE. Qué?

FACUNDO. Voy
(Estendiendo los brazos.)
á ser feliz! feliz!

ESCENA VIII.

Dichos.—CIRIACA *sale con un plato y cubiertos en la mano, y al ver á su sobrino con los brazos estendidos, deja caer los cubiertos.*

CIRIACA. Ah!

FACUNDO. Qué es eso?

CIRIACA. (Recoje los cubiertos.)
Que está el almuerzo.

FACUNDO. Tendria usted la bondad
de decirme si es el ama
de la casa?

CIRIACA. (A Facundo.) (Y me dirás
tú qué embrollo...?)

FACUNDO. Comprendido:
hay un cuarto y es capaz?
(Ande usted, tia Ciriaca.) (Empujándola.)
Volveré aquí sin tardar.
(Facundo y Ciriaca entran por la derecha.)

ESCENA IX.

ROQUE.—SEBASTIANA.—BLASA.

SEBASTIANA. Yo me he quedado confusa!
BLASA. Ay!
ROQUE. Vámonos á almorzar.
SEBASTIANA. Un americano de
las Américas.
ROQUE. Ya! ya!
SEBASTIANA. Un millonario!
BLASA. Y no es feo.
SEBASTIANA. Y parece muy formal.
ROQUE. Y si ese señor...
SEBASTIANA. Qué?
ROQUE. Vamos
al decir, fuera un pelgar
de estos que andan por Madrid
buscando un cacho de pan?
SEBASTIANA. Vaya una surposicion!
Pero, Roque, á donde vas!
Un hombre que tiene negros
y que gasta un buen gaban!
BLASA. Y con que diga: allá voy,
se queda con el lugar.
ROQUE. Y eso qué me importa á mí?
SEBASTIANA. Que tú le dirigirás,
que seremos gente gorda.
BLASA. (Bajando los ojos.)
Y que yo... puede... quizás...
SEBASTIANA. No lo has comprendido tú
en el modo de mirar?
ROQUE. Pero el qué?
SEBASTIANA. Vaya, estás tonto.
BLASA. Padre, usted me quiere mal.

SEBASTIANA. Pobre simple, tú no entiendes
la aguja de desalmar,
mas yo lo arreglaré todo.

ROQUE. Que no te metas en ná!

SEBASTIANA. Qué lástima que ese hombre
no sea algun Conde!

BLASA. Ay!

ROQUE. Me voy, porque estoy á pique
de hacer una atrocidad.

SEBASTIANA. Pero qué mosca te pica?

ROQUE. Señoritas de corral
con más aire en la cabeza,
ni las hay, ni las habrá:
nada, nada; á por las bestias
y vámonos al lugar.

BLASA. Padre!

SEBASTIANA. Déjale que vaya. (Le pone el sombrero.)

ROQUE. Yo no quiero éste chascás. (Se vá por el foro.)

ESCENA X.

SEBASTIANA.—BLASA.

BLASA. Ay, qué génio!

SEBASTIANA. No me digas!

BLASA. Madre, qué será de mí!

SEBASTIANA. (Despues de reflexionar.) Vamos á comer las migas
que yo velaré por tí. (Entran por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XI.

PEPITO, *en traje más elegante que el anterior, pero siempre ridículo.*

Servidor... dónde estará
mi preciosa Alcorconera

con su traje de percal
y su pañuelo de seda?
Con que ya llegó la hora,
hora mengüada y funesta
en que con acento grave
anuncie á su parentela
que si no me dán su mano
tomo arsénico... de pega!
su mano! que bordó en lona
puntadas de media legua!
su mano! que sembró guijas
y que supo arrancar yerba.
Y para esto aprendí
la delicada, la bella
literatura? Exterminio!
furor! (Se asoma á la puerta.) Qué olor á chuletas!
Mi amor almuerza. Qué hermoso
es el amor cuando almuerza!
Bueno, esperaré que salga
corrigiendo esta comedia.
(Se sienta delante de la mesa á examinar un manuscrito.)

ESCENA XII.

PEPITO.—FACUNDO.—*Despues* BLASA.

FACUNDO. Mi pobre tia Ciriaca
tiene un miedo!... tontería!
pues la lugareña es mia. (Mira por la puerta.)
Canario! y qué bien se atraca!
mas no, se levanta; viene
hácia aquí.
(Baja arreglándose la corbata y sin ver á Pepito que sigue leyendo.)
Voy á lucirme.
BLASA. Qué tiene usted que decirme?
(Sale con un plato en una mano, un pedazo de pan y un tenedor en la otra.)

FACUNDO. Señorita! (Qué hambre tiene!)

(Habla bajo con Blasa, la cual se sienta y come con avidez. Pepito vuelve la cabeza y se levanta asustado.)

PEPITO. Qué veo! Facundo aquí!
Facundo, mi alabardero!
y qué facha, qué sombrero!
Comprendo. Pobre de mí!
Quiere arrancarme mi dama.
Con que tambien, oh baldon!
hay perfidia en Alcorcon?
Esto exaspera, esto inflama! (Permanece en el fondo observando.)

FACUNDO. Sí, primorosa aldeana,
sí, Margarita entre abrojos,
por casualidad mis ojos
te vieron esta mañana.

BLASA. Cuándo? dónde? no me explico... (Con la boca llena.)

FACUNDO. (Glotona!) La cosa es óbvia;
en la puerta de Segovia.

BLASA. Ya, montada en mi borrico.

FACUNDO. Al trote, suelto el ronzal,
la albarda de medio lado...

BLASA. Como que hemos troteado. (Rie.)

FACUNDO. Conque trota el animal!

BLASA. Tanto, que me despeluzno
y me pongo inconsecuente.

FACUNDO. Hallábame entre la gente
cuando el asno da un rebuzno,
me acerco, miro y te ví,
y me prendó tu hermosura,
pero tu cabalgadura
te arrastró lejos de mí;
por fortuna mi criado
estaba cerca y le digo:
persíguela, y... dió contigo.

PEPITO. (Ojalá no hubiera dado.)

BLASA. Misté qué casualidad!

FACUNDO. (De rodillas.)
Conmuévate mi pasion.
BLASA. Que se rompe el pantalon!
FACUNDO. No importa, (pero es verdad.)
Ah! responde! considera,
adivina, ten presente
que arde un volcan en mi frente.

(Aprovecha el momento en que Blasa le mira con la boca abierta, para quitarle el tenedor y trinchar con él un pedazo de ternera que come.)

(Es muy buena esta ternera.)
PEPITO. (Hambron!)
FACUNDO. Habla, está en tu mano,
dulce Alcorconera mia,
llevar á la tumba fria
á este pobre americano.
PEPITO. (Americano! ah bribon!
el ardid comprendo ahora.)
FACUNDO. Qué respondes? me devora
la duda.
PEPITO. (Qué trapalon!)
BLASA. Misté lo mejor será
que lo hable usted con mi madre,
y como quiera mi padre,
el cura nos casará.
FACUNDO. Con que consientes?
BLASA. Yo, sí.
PEPITO. (Se presenta.)
Ingrata, perjura, infiel!
BLASA. Ay!
FACUNDO. (Don Pepito!)
PEPITO. Cruel!
Así me olvidaste, dí!
BLASA. Don Pepito...
FACUNDO. Caballero...
(Yo soy quien se lleva el gato,
porque si chillas te mato.)

PEPITO. (Pues á embustero, embustero
y medio.) No señor, no;
ella ha de oir de mi labio
que no soporta un agravio
un hidalgo como yo.
Con que el último que llega
es el que te agrada más!
Con que el amor que nos das
es todo un amor de pega!

BLASA. No me insulte, ó de un revés...

FACUNDO. Cuidadito, caballero.

PEPITO. Un tiempo fuí prisionero
de tu amor, gemí á tus piés,
me alimenté con mirarte,
viví para conocerte,
y al fin encuentro la muerte
cuando pensaba agradarte.
Mira, si te atreves, mira
al hombre que en su locura
encomiaba tu hermosura
cantando en su pobre lira;
al que te llamaba nardo
y rosa de Jericó,
cuando llamarte debió
abulaga, ortiga y cardo.

BLASA. Pero hombre, deje usted hablar:
el señor es rico y... vamos,
las señoras á qué estamos!
ya ve usted, á prosperar.

PEPITO. Con que por el oro así
me dejas, ingrata! es cierto
que mi fortuna es escasa,
pero fué grande mi casa;
y aunque lo tuve encubierto
por razones de interés
que convencen á cualquiera,

puedo llevar cuando quiera
el título de Marqués.

BLASA. Marqués!!

ESCENA XIII.

Dichos.—SEBASTIANA.

SEBASTIANA. (Sale por la derecha.)
Marqués!

FACUNDO. (Me aplastó!)

SEBASTIANA. (Acercándose.)
Y es Don José.

BLASA. Don Pepito.

SEBASTIANA. Y es Marqués?

PEPITO. Sí, lo repito,
nunca mi labio mintió.
Mis antepasados fueron
hidalgos de gran valía,
pues su pujanza excedia
á cuanto de ellos dijeron.
Angel agreste y esquivo,
aun te ofrezco mi nobleza.

FACUNDO. (Atrayéndola hácia sí.)
No; prefiere la riqueza
porque eso es lo positivo.

SEBASTIANA. (Meditando.)
Es verdad... los cuartos...

BLASA. (Meditabunda.) Ah!

PEPITO. (Atrayéndola hácia sí.)
Piénselo usted, señorita:
usted lo que necesita
son papeles.

(El tio Roque aparece en la puerta del fondo contemplando esta escena y baja cuando lo marca el diálogo.)

BLASA. Claro está.

FACUNDO. No, los de usté están mojados.
PEPITO. Mis arrebatos perdona, (Cae de rodillas.)
yo te daré una corona.
FACUNDO. Y yo carruajes, criados, (Id.)
miriñaques, cacahués,
papagayos y titís.
SEBASTIANA. Hija, á los maravedís.
BLASA. Pero madre, y el Marqués?

ESCENA XIV.

Dichos.—ROQUE.

ROQUE. Señores, qué es esto?
qué enredo ó qué pisto
armásteis vosotras
que tan de improviso
nos brinda la suerte
con tantos maridos?
Es esto sainete
ó juego de chicos!
SEBASTIANA. Qué juego ni rábano!
que quieren de fijo
casarse con Blasa.
FACUNDO. Sí, sí, padre pío,
casarnos queremos.
ROQUE. Los dos!
SEBASTIANA. No, borrico!
cada uno pretende
ser el preferido.
BLASA. Y yo estoy confusa
y me desatino.
FACUNDO. Le ofrezco riquezas.
PEPITO. Y yo pergaminos.
SEBASTIANA. Comprendes?
ROQUE. Comprendo.

(Vaya un par de pillos!)
Pues yo, francamente,
ni sé, ni colijo
de donde proviene
un amor tan fino,
porque la Blasita
si tiene palmito
carece de rentas.

SEBASTIANA. Qué dices?

ROQUE. Lo dicho:
hace algunos meses
que aun era rico,
pues con cinco yuntas
recogia trigo
para el año.

FACUNDO. Ya!

ROQUE. Pero de improviso
me nombran alcalde,
y el teniente, un pillo,
armó allí... en los propios
semejante lío,
que el juez, por justicia
tambien dió conmigo
y á poco me dejan
hasta sin vistíos.

SEBASTIANA. Pero hombre, qué dices!

ROQUE. (Calla, ó te santigüo.)

FACUNDO. (Si doy otro paso
me rompo el bautismo.)
Ay! qué desenlace!

PEPITO. (Es malo.)

FACUNDO. (Malísimo.)

ROQUE. (Qué caras que ponen!
si están amarillos!)
Pues ahora ando en busca
de algun hombre rico

de estos campechanos
y con pergaminos
que se encargue...

FACUNDO. Entiendo.

ROQUE. Usted don Pepito,
bien podrá...

PEPITO. Yo!

ROQUE. Usted... (A Facundo.)

FACUNDO. Desatino!
El señor Marqués
mi rival...

PEPITO. No admito,
noble americano,
ese sacrificio.
Usted...

FACUNDO. No consiento.
Usted es más digno.

ROQUE. (A Sebastiana.)
(Qué tal el Marqués!)

SEBASTIANA. Que son, por lo visto,
dos tunos.

PEPITO. }
FACUNDO. } Señora...

SEBASTIANA. Silbantes! lo dicho,
hambrones!

BLASA. Yo tengo,
madre, garrotillo!
burlarse de mí!
voy á tomar mistos!

FACUNDO. (Esto se complica,
vámonos, Pepito.)

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—CIRIACA, *que detiene á Facundo.*

CIRIACA. Con que te marchas ahora!
no te lo dije, truhan!
que por fin conseguirias
espantármelos?

FACUNDO. No tal;
ha sido el señor Marqués.

CIRIACA. Marqués este ganapán,
que compone malas coplas
y á quien silban á rabiar!

PEPITO. Pues quién más que su sobrino
armó este enredo?

ROQUE. Já! já!
su sobrino!

SEBASTIANA. Su sobrino!
Afuera!

CIRIACA. Y no vuelvas más.

FACUNDO. Me iré, pero con nobleza
y con altivo ademan,
pues solo quise burlarme,
lo que á mi ver no está mal,
de dos lugareñas torpes
que vinieron á buscar,
como quien busca un barquillo,
un puesto en la sociedad;
y ahora que he conseguido
hacerles reflexionar,
diré con el pintor sábio:
« Alcorconera faláz,
á tus pucheros,»— he dicho;
si ocurre algo, mandar. (Sale por el foro.)

PEPITO. Pues yo diré con Homero

y con mucha propiedad...

SEBASTIANA. Tunantes! pillos! (Tira á Pepito todo lo que encuentra á mano.)

CIRIACA. Afuera!

BLASA. Llame usté un municipal.

ROQUE. Es inútil, pues las bestias
están esperando ya. (Se echa al hombro las alforjas.)

BLASA. Con que me quedo sin novio!

ROQUE. Eh! no empieces, por San Juan,
porque nos miran... y temo...

SEBASTIANA. El qué?

ROQUE. Nos ván á silbar. (Con temor.)

BLASA. Silbarnos como á los toros!
Vaya! no faltaba más!
Si no me dán un aplauso,
no me marcho á mi lugar.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 24 de Abril de 1860.—El Censor de Teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Gaspar y Roig, calle del Príncipe.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.